



Año I

Montevideo, Agosto de 1918

Núm. 2

REDACCION

Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi
Montiel Ballesteros



ADMINISTRACION

José López Deschamps
Suscripción mensual \$ 0 50

Dirijase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

CARLOS REYLES Y SU NUEVA OBRA

En su apartada mansión de Lobería o en la suntuosa morada de Buenos Aires, Carlos Reyles divide el tiempo —para él inagotable— entre las grandes especulaciones rurales y el noble cultivo del arte. En su vida intensa y fecunda como pocas, se adunan maravillosamente los trabajos del campo sanos y útiles a la sociedad, con las puras y desinteresadas manifestaciones del espíritu. Una nueva obra de hondo pensamiento y gran belleza, agrégase a la labor de alto valer ideológico y artístico del autor uruguayo. «Diálogos Olímpicos» se llama el nuevo libro que debe aparecer a fines de Agosto lujosamente impreso y artísticamente ilustrado. Los «Diálogos Olímpicos» por su fondo, por la teoría que sustentan, por el hondo pensamiento que encierran, están llamados a constituir un verdadero acontecimiento literario en nuestro am-

biente que se eleva cada vez más a la altura de las muy cultas naciones europeas. Podemos asegurarlo con orgullo: nombres como los de Rodó, Reyles, Vaz Ferreira, Frugoni, Zorrilla de San Martín, Roxlo, y tantos otros de nuestra joven literatura, nos colocan a una gran altura intelectual.

Carlos Reyles no olvida su *tierrica*, apesar de encontrarse alejado de ella. Desde su retiro de trabajo y de arte, sigue, con interés, el movimiento intelectual y artístico de su patria; se interesa por los nuevos autores, y ansía más que ninguno su porvenir brillante y luminoso. En los « Diálogos Olímpicos » desarrolla y amplía Reyles la teoría filosófica sustentada en « La muerte del cisne », libro que, acaso por no haber sido realizado según el plan completo que se había propuesto el autor, (debía constar de varios tomos) dejó lugar a ciertas dudas y malas interpretaciones. En su nuevo libro se propone el autor explicar con mayor claridad y fuerza, en forma de diálogos entre los dioses—uno de los cuales, el que se desarrolla entre « Apolo y Dionisos » constituye el primer tomo—su especial concepto del *Idealismo*, dándole como fundamento para que pueda perdurar y traducirse en obras, un sano y fecundo egoísmo. Acaso en « La muerte del cisne », al condenar enérgicamente Reyles el *Idealismo* vacío y sin arraigo en la realidad viva, dejó lugar a ciertas dudas sobre la verdadera finalidad de sus teorías filosóficas, a causa de no haber desarrollado de una manera bastante clara y concreta su propia teoría del *Idealismo*; una teoría que no es el torpe materialismo del cual se le acusó de ser sostenedor; mas bien de un *Idealismo* más noble, más sano, más robusto sobre todo por las hondas raíces que hunde en los egoísmos necesarios a toda conservación de la vida.

Por otra parte la teoría no es nueva, ni Reyles la da como tal. Ya Spencer había demostrado hace años que las virtudes más nobles del alma humana no son sino la trans-

formación de ciertas fuerzas primarias, tanto más groseras cuanto inferiores son las sociedades y los individuos. El altruismo no ha de ser, según el filósofo inglés, en la sociedad del porvenir, sino una forma perfeccionada del egoísmo primitivo. Y Guyau sostenía también que las más nobles y desinteresadas especulaciones del espíritu, los sentimientos más puros y más bellos del alma sólo son *exceso de vida*, exceso de energía. Cuándo el alma humana, como el cuerpo humano, tienen escasa vitalidad, las energías se conservan en provecho propio, *egoístamente*: el egoísmo es, entonces, una virtud, por cuanto de ella depende la conservación misma de la vida; y solo llega a ser condenable cuando no es indispensable a ese fin. Los sentimientos generosos son por lo tanto, el exceso de energías *no necesarias* a la conservación de la entidad. Así pues, el autor más idealista acaso, el dulce y noble poeta de « Vers d'un philosophe » sustenta la misma teoría que defiende nuestro compatriota, a saber: que el idealismo solo puede ser fecundo, sano, *eficaz*, en una palabra cuando sea el resultado de los necesarios egoísmos indispensables a la conservación de la vida misma.

Las páginas que ofrecemos hoy a nuestros lectores, que han de agradecernos ciertamente la primicia inestimable que ellas representan, son las primeras de los « Diálogos Olímpicos ».

En ellas encontramos la profundidad del concepto, la belleza de las imágenes, la riqueza y nervio del estilo que hacen de Reyles uno de los más grandes escritores hispano-americanos.

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

APOLO Y DIONICOS

Interrogado por Zeus sobre los desórdenes de la tierra, irguióse el crinado Apolo en medio de la asamblea olímpica; sonaron las liras pulsadas por sus nueve compañeras y la voz del dios llenó las concavidades del Empíreo como un celeste canto.

—Yo salí del vientre moreno de Lotona—dijo—para iluminar al mundo y reducir a sabias euritmias las discordias de los mortales. Las diosas con sus divinas manos me lavaron en aguas purísimas y pusieron por mantillas sutiles gasas que un cinturón de oro a mi cuerpo sujetaba. La severa Temis, la que vela por la ley y la regla del universo, no quiso verme nutrir a los pechos de mi madre y llena de amorosa solicitud me dió a beber el nectar y la ambrosía de los dioses. Así que los alimentos olímpicos dilataron por mis venas sus vitales influjos, la sangre en alegres borbotones subióseme al cerebro; sentíme henchido de irrefrenables energías y haciendo estallar los finos pañales y el refulgente cinturón, me esparcí gozoso por el mundo, entreteniéndome en disparar mis flechas luminosas contra los monstruos de las tinieblas. Maté a Pitón; recobré las terneras celestes que me había robado el sutil Hermes; ayudé a Zeus a combatir los titanes, hijos de Urano y Gaea; establecí mil cultos y oráculos y en mi constante afán de claridad y armonía, desde las primeras luces del alba hacía sonar por todos los ámbitos del mundo la lira melodiosa, y al doblar la tarde, vestido de púrpuras y oros, me guarecí en la caverna de Salmos donde, toda temblorosa, venía a compartir mi lecho de hierbas

aromadas la pálida y melancólica Selene, la de las suaves caricias....

El hombre, apenas salido de la animalidad, ignaro, miserable, transido de frío y enfermo de pavora, sin otras armas para defenderse de las cóleras divinas y las garras de las fieras que una vacilante lucecita en el cráneo, vagaba por broncos riscos y selvas temerosas como un fantasma del miedo. Viva temblando. Pero aquella lucecita prodigiosa, aunque débil, le permitió fabricar cuchillos y hachas de piedra que vencieron en el rudo combate la saña de los coimillos más terribles. Por ese arte el ingenio hizo su aparición sensacional en el escenario del mundo. El hombre mostróse prevenido y artero. Obtenía con mañas y artificios, a una candorosos y sutiles, lo que nunca pudiera lograr de poder a poder y en franca lucha. Así, por ejemplo, para medirse con el enorme mammut, en cuyo pellejo rugoso y cubierto de fuertes crines rebotaban las flechas; con grande sigilo y riesgo de la vida acercábase a él; esperaba pacientemente, en medio del inminente peligro, que la tremenda bestia le volviere las grupas y mostrase el pequeño orificio velado por la cola, único y recatado sitio por donde resultaba vulnerable; y entonces, con ojo certero y pulso firme le disparaba la traidora saeta que se metía por el intestino y causaba allí mortal estrago. Huía el mammut dando saltos y tirando coces como picadón por furioso aguijón, y la horda humana, entre gritos de júbilo salvaje, lo seguía en su desesperada fuga durante días y aún semanas, atravesando valles soledosos, dilatadas llanuras, enredados matorrales, cobija de toda suerte de alimañas venenosas, hasta que el dardo revolviéndose en la herida y enconándola concluía por abatir la perseguida bestia. La despedazaban y empezaba el festín de carne cruda bajo la serena bóveda del cielo.

Estas cacerías y otras semejantes obligaban a los éfimeros a recorrer grandes extensiones y vivir siempre

errantes, sin otros habitáculos que las sórdidas cavernas y los antros donde la obscuridad y el frío los reclusa. Y en la obscuridad poblada de espíritus y propicia a las alucinaciones, se afinó la imaginación del troglodita; en la negrura medrosa apuntó el alba del arte como sale la rosada Eos de la negra noche. A fin de matar las interminables horas de reclusión forzosa, el mísero mortal inventaba estupendas aventuras o se entretenía, mientras vagaba la imaginación por países quiméricos, ya fabricando toscas armas, ya ornamentando, con mano torpe y pueril fantasía, sus utensilios de hueso, ya esculpiendo en el cuerno del rengífero las candidas visiones que el espectáculo del mundo le sugería. Y al experimentar, aunque vagamente, los primeros e inefables goces del artista, la pobre criatura humana sintió también el afán de perfección, el ansia de lo infinito y empezó a participar, en cierta manera, de la existencia divina, que no es placidez como se ha creído, sino inquietud; no éxtasis sino acto. Del apasionado connubio de aquel afán y de esta ansia, nació una bellísima princesa con alas de mariposa.

El salvaje se hizo hombre. Yo lo saqué de sus hoscos retiros y lo incité a asociarse en grupos, luego en tribus, después en pueblos. Yo establecí en la familias la omnimoda autoridad del padre y el culto del fuego sagrado; en el grupo, el primer contrato social: la obediencia al jefe y la repartición equitativa por éste del botín de la caza y la guerra; en las tribus los primeros barruntos de las legislaciones, que ilustraron luego los Licurgos y los Solones; en los pueblos los primeros rudimientos de la ciencia política llevada a tan alto punto de perfección por los hijos de la Loba. Yo, por decirlo todo, *pues eso lo explica todo*, formé la inteligencia en los moldes de las necesidades, le enseñé a pensar, es decir, *a utilizar las cosas en su provecho* y le dí las severas disciplinas de la regla y la ley apolónicas, para que domara los bajos instintos del limón terreno, distinguiera lo animal de lo

humano y perfeccionándose llegara a convertirse en un dios de carne y hueso, aspiración secreta e hito supremo de los mortales que saben interpretar las palabras de mis pitonisas. Otros de oídos menos sutiles permanecen hasta cierto punto sordos a ellas y así se origina y mantiene el conflicto del mundo, que es, en resumidas cuentas, el antagonismo de los que oyen y los que no quieren oír, de los que afirman y los que niegan, del espíritu del bien y el espíritu del mal. Llamo bien lo que favorece la ascensión del hombre, mal lo que le pone trabas y diques.

—En un dios de carne y hueso —vana quimera! en un fantoche relleno de metafísica estopa querrás decir; oh Apolo!—interrumpió Dionisos que había escuchado el discurso de su hermano sin cesar de sonreír maliciosamente, lo cual le prestaba una expresión entre irónica y cariciosa, pero de un encanto indecible a aquella boca que los antiguos para simbolizar su dulzura adornaron con cuatro alas de abeja a guisa de barba.—Antes de rematar la obra que tú juzgas divina y que yo, con tu perdón, considero nefasta, los hombres tenían entrañas, hoy, gracias a tí, sólo tienen en la cabeza viento, en el pecho estopa. Por lo demás te vanaglorias de muchas cosas que, a mi entender, son verdaderos crímenes, y de otras, las menos, que son buenas, pero que no llevaste a cabo tú, aunque a ti te lo parezca. Es muy curioso, en verdad, el desparpajo con que te atribuyes los hechos de los otros. Harías bien en recordar que en el mismísimo Delfos, donde tuviste el más grande culto, tuve tantos adoradores como tú y que tus pitonisas, para inspirarse, tuvieron siempre que someterse a la acción de mis vapores. Generalmente, cuando tu inteligencia pierde el derrotero, yo la traigo al buen camino; generalmente yo doy el son y tú lo pones en música.

Dejó de sonreír el dios coronado de frescos pámpanos, cobró repentinamente su rostro grave majestad y contemplando un instante las divinas perfecciones de la es-

plendorosa Afrodita y el encanto infinito de Aglaé, Talta y Eufrosina, que para oírlo mejor se habían agrupado graciosamente cerca de él, y con acento convencido, prosiguió:

—Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza. Allí, como aquí, no reina, Apolo, tu voluntad ni la mía, sino la voluntad del universo o, por otro nombre, la voluntad de Zeus, nuestro padre y señor. Esta voluntad misteriosa para el efímero, la llaman Dios los sacerdotes, causa primera los filósofos, fuerza o energía los sabios de allá abajo que, a vueltas de tantos metafísicos, empiezan a barruntar la índole guerrera de los fenómenos, así físicos como morales. Creen y no van descaminados, que todos estos no son sino transformaciones más o menos complicadas, de aquella energía o voluntad paternal, alma y substancia del universo. La doctancia lo declara ahora solemnemente después de haberlo dicho hace siglos las religiones, aunque de una manera confusa y capciosa, por medio de alegorías y símbolos de abstrusa interpretación. Si donde las religiones dicen Dios, dijieran voluntad del universo, fuerza o energía, desaparecería, como por ensalmo, la obscuridad de los símbolos, los dogmas y los mitos. Todo es obra de la grande razón de Zeus. Cuerpos, criaturas y espíritus han salido del mismo vientre y obedecen a la misma ley. La chispa eléctrica que brota de la frente del hombre, y la que parte de albo seno de la nube, son hermanas. Aquí, entre nosotros, podemos decirlo sin ambages: El tuétano de todas las cosas es de esencia divina, especialmente el de ese que tus espiritualistas trasnochados llaman con desdén la materia, porque lo divino, ¡oh, Apolo!, es la energía del orbe y la materia el gran depósito de ella. Mi culto entrañaba la glorificación de las formas más visibles y amables de esa energía: la fecundidad de Gaea; la fuerza generatriz de Priapo; las cópulas fabulosas de los dioses con Cibeles, Afrodita, Latona, Semele; el erotismo de la creación; el triunfo gozoso del amor y la vida que encar-

nan ciertos instintos y pasiones. Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana, e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por tí constituye la voluntad de la tierra, la envidia olímpica de los mortales. Observa que la humana criatura no es inteligencia, sino voluntad; no razón, sino instinto. Tus mismos discípulos lo reconocen. La inteligencia, la razón ¡bah! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder o enseñorarse del espacio que es el ánima misteriosa de todo lo creado. Ni las vírgenes, ni las flores carecen de esa helicosidad nativa. Cuando una púdica damisela te ofrece trémula las grosellas de sus labios, quiere hacerte suyo; cuando una cándida azucena te brinda sus aromas, quiere conquistarte. El egoísmo es la *cosa sagrada* por excelencia. Tu lo calumniaste. Tus discípulos, filósofos, moralistas y dómnes pedantes, trataron a porfía de envilecerlo y condenarlo a pesar de que fuera él, y solo él, quien los hiciera vivir. Luego los airados sacerdotes del Galileo le pusieron los cuernos del demonio mismo e hicieron del inocente el espíritu del mal y le dieron tormento en mil potros y lo quemaron en mil hogueras. Sin embargo el *doctor Sutilis* siguió trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí. ¡He ahí el grande portentoso! Lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del razonamiento, sino el afán de dominar, que brota del cuerpo entero. Creeme ¡oh, divino Apolo!: si alguna vez los hombres aciertan a ponerse de acuerdo y establecer entre las repúblicas un equilibrio semejante al que existe entre los astros, no será por el amor, sino porque, como los astros quieren atraerse para deberarse.

—Solo que de esa mutua y pérfida atracción—replicó el Dios luminoso—resulta el equilibrio sideral. Tirando to-

dos los astros para sí, se mantienen a distancia. El egoísmo, en la humanidad, es la mutua y páfida atracción que, a fuerza de tanto tira y afloja, se resuelve en paz, fraternidad y amor. Primero reinó la discordia, después Eros. De la lucha de los sexos, por veces mortífera, nace la vida, de la guerra de los oscuros instintos, tan cruel, las luces de la conciencia; de la pugna feroz de las conciencias, la inteligencia de las almas.

—Eso te prueba—interrumpió Dionisos—cuán sabia y clemente es la voluntad de Zeus, aunque a primera vista parezca por veces cruel y obtusa. Sí, a la larga puede que haya paz . . . la paz que impone el combate, la única que han conocido y conocerán el universo y el mundo. Pero el hombre, aún en medio de la paz, seguirá luchando siempre contra los otros o contra sí mismo; no olvides que su alma es pura tendencia a *ocupar más espacio* y que los instintos, sentimientos e ideas que la forman, viven en perpetua lucha. Suprimir esa lucha es suprimir el alma. Tus propósitos de concordia y civilidad a todo evento, es algo artificioso, pueril y por añadidura, mal sano para el vigor de la planta humana. Esta dará flores y frutos si hunde las raíces en la tierra y se alimenta de sus truculentos jugos, en caso contrario, no. Te lo digo con pena, porque te veo en camino de cometer irreparables errores: el día que terminen todas las guerras terminarán todas las paces y será el reino de la muerte. Querras tú eso Apolo? Qué horror! . . . Yo amo la vida desbordante de fuerza y hermosura; la vida simple y profunda en el seno de la vivificante naturaleza; libre de reglas caprichosas, libre de metafísicos embebecos, limpia de *moralina* y sin mas leyes que las inspiradas por la vida misma para acrisolar su propio imperio. ¡La existencia fecunda y radiosa como en la aurora del mundo! Recuerda Apolo: donde yo ponía las plantas el suelo se cubría de flores y frutos; de las rocas que yo tocaba con mi

tirso mágico brotaban manantiales de vino, de leche y de miel.

Y cogiendo la flauta de siete tubos, la acercó a sus labios y arrancó los sonos cariciosos que dilatan el corazón y se suben a la cabeza cual los vapores de un vino añejo. Y como a la voz de un conjuro, la oscura tierra apareció ante los ojos de los olímpicos toda palpitante y enervada por los cultos del riente dios. De los floridos bosques, sonoros como arpas, salían, ya en ordenadas procesiones por núbiles canéforas presididas, ya en gozosos tropeles, los cortejos de Dionisos y Pan: las bacantes coronadas de hiedras y rosas; los sátiros de orejas puntiaguadas y patas de cabra, las ninfas perseguidas por los traviosos faunos, los centáuros pifadores, los silenos ventrudos: frenética muchedumbre que hacía sonar con báquico furor, platillos y sistros, zampoñas y tamboriles, pífanos y címbalos. Las riberas de los ríos se poblaron de nereidas y ondinas diseminadas en graciosos grupos; las montañas aparecieron florecidas de rústicos santuarios donde se sacrificaban chivos y toros y ofrendaban canastos de frutas, tiernos quesos y vasijas de leche fresca; cubrían las praderas infinitas chozas, lozanas viñas, copiosos rebaños. Los labriegos, cantando himnos al dios taumaturgo y a la pródiga Demeter, pisaban la uva en los lagares; los pastores cubiertos solo con una pelleja de cabra negra, conducían los ganados al blando son de la siringa agreste. Todo era gozo, armonía, belleza, esplendor; todo parecía vivir en íntima comunión con la naturaleza, y que esta le transfundiese, a todos los seres, su voluntad de vivir y gozar, su sensualidad radiosa, su ardiente sangre negra.

CARLOS REYLFES.